

Bidegain, Ana María y Juan Diego Demera, comps. *Globalización y diversidad religiosa en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 2005. 430 páginas.

José David Cortés Guerrero
Profesor, Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia

Estamos ante uno de los dos libros que bajo la dirección de Ana María Bidegain aparecieron en 2005. El otro es *Historia del cristianismo en Colombia: Corrientes y diversidad*,¹ el cual hemos reseñado en otro lugar.² En la obra *Globalización y diversidad religiosa en Colombia*, que reúne las ponencias presentadas en el tercer encuentro del ICER (Instituto Colombiano para el Estudio de las Religiones) en abril de 2003, se pretende mostrar los avances en las investigaciones sobre la diversidad religiosa y la globalización, adelantadas en la más reciente década por investigadores y científicos sociales cercanos o integrantes del mencionado ICER, además de las ponencias presentadas por investigadores extranjeros sobre la misma temática. Para introducir la obra, la profesora Bidegain presenta un rápido y amplio panorama sobre la fragmentación del campo religioso en Colombia, y sobre cómo la institución eclesiástica del catolicismo ha ido perdiendo su hegemonía. No obstante esa presentación, no queda claro desde el inicio del libro cómo se articulan, específicamente, los dos componentes del mismo, la globalización y la diversidad religiosa en Colombia.

En general, la obra presenta los mismos problemas y virtudes que son comunes a la mayoría de textos resultantes de eventos académicos, es decir, la disparidad en la calidad de sus contenidos y la forma como algunos autores acomodan, con poco éxito la mayoría de las veces, el contenido de sus ponencias a la temática del evento. Es de resaltar que los capítulos que mejor muestran la articulación de los ejes del Encuentro son los escritos por los invitados internacionales, sobre todo los dos primeros, a cargo de Fortunato Mallimaci y Pierre Sauvage. Pero al llegar al capítulo escrito por William Elvis Plata podemos observar las dificultades de una obra de este tipo. Bajo el sonoro y rimbombante título de “La romanización de la Iglesia en el siglo XIX, proyecto globalizador del tradicionalismo católico” esperábamos encontrar un texto decantado donde se explicara satisfactoriamente la forma como la corriente del tradicionalismo católico desde su centro ubicado en Roma, por medio del proceso romanizador y ultamontano, fue homogenizando, por lo menos desde el discurso, tanto a la institución eclesiástica como a la Iglesia Católica en general, en zonas periféricas como lo era la Colombia decimonónica.

¹Ana María Bidegain, dir., *Historia del cristianismo en Colombia: Corrientes y diversidad* (Bogotá: Taurus, 2005).

²Revista *Fronteras de la Historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Y a la vez esperábamos encontrar las reacciones en el país a ese proceso que Plata ubica como un proyecto globalizador. Sin embargo, lo anterior no ocurre a pesar de que Plata, como él mismo lo advierte, lleva una década trabajando esa temática (cita 4, p. 109). Por el contrario, encontramos un texto bastante ligero, por no decir que superficial, en el que en 41 páginas se quiso mostrar un problema que resulta de por sí complejo, optando por la estrategia de resumir abigarradamente obras extensas que el autor ha escrito en esa década –su monografía de pregrado y su tesis de maestría– en lugar de centrarse en puntos concretos a ser desarrollados.

Las explicaciones poco satisfactorias por parte de Plata no son nuevas. Desde su monografía de pregrado³ ya observamos la dificultad del autor para argumentar los puntos que expone en sus escritos, tal como lo referenció un reconocido balance bibliográfico aludiendo a la citada monografía, en la cual Plata pasa, nos dice el balance, “sin explicaciones satisfactorias, a presentar las tres corrientes político religiosas de que trata: las del catolicismo tradicionalista, liberal y utópico”.⁴ Su tesis de maestría no es una excepción, pues en ella encontramos la dificultad del autor para centrarse en un solo aspecto y desarrollarlo argumentativamente.⁵ Pero donde más dificultades observamos son los dos capítulos que Plata tuvo a su cargo en el otro texto dirigido por Bidegain, *Historia del cristianismo en Colombia*. Allí detallamos no sólo las explicaciones poco satisfactorias y bastante elusivas sobre las tres corrientes que el autor viene trabajando desde hace diez años, sino también el desconocimiento de la historia y la historiografía colombianas del siglo XIX, lo cual se refleja en suministro de información incorrecta y falsa, así como en el desconocimiento de bibliografía reciente y pertinente tanto sobre el fenómeno que Plata estudia, como sobre el contexto en el cual aquél se desarrolla.

Pero, ¿qué problemas encontramos en la ponencia de Plata? El primero de ellos es la falta de coherencia. No sólo porque el texto sea de difícil lectura y constituya un resumen donde el autor quiso evacuar ligeramente un tema complejo, sino porque en otros textos estábamos acostumbrados a ver que Plata advertía sobre la presencia de tres corrientes en el catolicismo, pero ahora nos dice que son cuatro sin explicar a qué se debe el cambio y cuál es la nueva que no había tenido en cuenta anteriormente (p. 109). El segundo problema es el de las fuentes. Plata muestra un manejo relativamente escrupuloso de la prensa pero en otro tipo de material observamos gran desconocimiento. El autor siempre ha acudido en sus obras a dos o tres textos y de ellos no sale. Parece que no sabe que Manuel Ancízar escribió obras diferentes a *Peregrinación de Alpha*, o que *El rejo de enlazar y Manuela*,

³ William Elvis Plata, “Corrientes político religiosas del catolicismo colombiano en el siglo XIX (1820-1860)”, Monografía de pregrado, Bogotá: Universidad Nacional, 1997.

⁴ Grupo de Investigación Religión, Cultura y Sociedad, *Historiografía sobre religión, cultura y sociedad en Colombia producida entre 1995 y el 2000* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2001) 21.

⁵ William Elvis Plata, “El catolicismo y sus corrientes en Colombia decimonónica, 1850-1880”, Tesis de maestría en Historia, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.

ambas de Eugenio Díaz, no son las únicas obras costumbristas colombianas en las cuales pueden verse críticas sociales a la Colombia del siglo XIX, y que Ernst Röthlisberger no fue el único viajero extranjero por nuestro país. A pesar de lo anterior, nos dejan perplejos afirmaciones como la siguiente: “*Los distintos viajeros coinciden* en otorgarle a la mujer el papel central en la vida católica de nuestros pueblos” (p. 136, cursivas mías). ¿Pero a qué viajeros se refiere si sólo trabaja a Ancizar y Röthlisberger? Sería recomendable que tuviera una muestra más amplia para que se atreviera a hablar de *distintos viajeros*.

El tercer problema es el de los saltos temporales. No es lo mismo, de acuerdo al contexto y al desarrollo de los procesos históricos, hablar de un problema específico a mediados del siglo XIX que a finales del mismo. En su ponencia, Plata salta hacia adelante y hacia atrás sin tomarse la molestia de contextualizar las fuentes y ubicarlas temporalmente para entenderlas. Un ejemplo de ello es el de la imagen ideal que de los sacerdotes tenían autores como Díaz y Ancizar, sin embargo no advierte si esa imagen, fruto del entusiasmo liberal de mediados del siglo XIX, pervivió en las décadas posteriores.

Por último, está el problema del rigor académico. En la ponencia brillan por su ausencia referencias bibliográficas actualizadas a pesar de que Plata inicia su texto con una crítica a la historiografía colombiana en general, ya sea tradicional o de la “Nueva Historia”. De igual forma, afirma que los estudios sobre el catolicismo decimonónico se han reducido al aspecto político (p. 107). ¿Cómo entender que se critique lo que se desconoce? Porque, si bien Plata se va lanza en ristre contra las interpretaciones históricas que no se acomodan a sus gustos, nunca encontramos que las confronte con argumentos, conformándose únicamente con la descalificación inicial. Esta descalificación parece que le da carta blanca para desconocer y omitir lo que la historiografía colombiana ha avanzado en los últimos años sobre los múltiples tópicos de nuestra historia, así como sobre el fenómeno religioso en particular. Además de lo anterior, encontramos inexactitudes e imprecisiones: en pocas páginas da dos años diferentes para un mismo evento, nos referimos al Primer Concilio Provincial de la Nueva Granada realizado en 1868 (p. 120), pero más adelante afirma que fue en 1869 (p. 137), o al referirse al Olimpo Radical con dos fechas diferentes, 1861-1878 (p. 121) y 1861-1880 (p. 146). Además del error, parece que Plata es de los pocos que afirman que el Olimpo Radical comenzó con Tomás Cipriano de Mosquera en 1861 a pesar de que los radicales que conformaron el Olimpo eran contrarios, en buena medida, del líder caucano y buscaron distanciarse del mismo, por lo que se cree pertinente afirmar que ese proceso comenzó en 1863 con la redacción de la Constitución de Rionegro.

Pero el punto más álgido sobre el rigor de la ponencia es cuando vemos que ella es un resumen de otras obras, tanto así que coincide, en gran parte, con el capítulo “De las reformas liberales al triunfo del catolicismo intransigente e implantación del paradigma romanizador”, publicado en el citado libro *Historia*

del cristianismo en Colombia. Y cuando hablamos de coincidencia no nos referimos sólo a la temática general, donde Plata, para acomodarse a los objetivos del evento, se contentó con cambiarle el título a ese capítulo y colocarle uno nuevo para presentarlo como ponencia al Tercer Encuentro del ICER, sino con contenidos específicos, pues encontramos páginas enteras que son idénticas en ambos capítulos, lo que demuestra que Plata se limitó a hacer una edición estilo “corte y pegue” sin preocuparse, por simple respeto al lector, de elaborar dos textos medianamente diferentes y en donde en cada uno de ellos se desarrollara el objetivo específico de cada uno de los libros. Así, para el libro *Historia del cristianismo en Colombia* habla del “paradigma romanizador” y para el evento del ICER nos habla de la romanización como un “proyecto globalizador” sin que nos explique cuáles son las diferencias entre uno y otro, aunque sepamos que paradigma y proyecto no son lo mismo. En lo que concierne a la ponencia, como hemos dicho, nunca sabremos a qué viene el empleo del concepto globalización. Vemos entonces en la ponencia una escritura y edición descuidadas, lo que además se demuestra con muchos *ibid* y *op. cit.* de los que nunca sabremos la referencia exacta porque al revisar en las citas anteriores observamos que no hay coincidencia.

Pero, ¿cómo explicar los problemas de forma y de fondo de un capítulo como el escrito por Plata? Las respuestas no las encontramos en aquél sino que tenemos que retornar a la introducción. En ella Ana María Bidegain afirma que “al analizar los últimos cincuenta años de la historia de Colombia nos percatamos de que el cambio no se encuentra ni en los partidos políticos, ni en los sindicatos, ni en los movimientos guerrilleros, ni en su estructura socioeconómica, sino principalmente en la transformación religiosa y sus formas de influencia en la sociedad civil, como ha ocurrido en otros escenarios latinoamericanos” (pp. 13-14). Estas palabras tienen tanto de largo como de ancho y es necesario tomarlas con pinzas para desentrañar todas las cargas que ellas contienen. Es cierto, como lo refiere la profesora Bidegain, que en los últimos años los estudios del fenómeno religioso han ido creciendo, y que hasta hace una década esos estudios eran relegados y subvalorados en los escenarios académicos, específicamente los universitarios. Sin embargo, también es cierto que se ha ido ganando espacio de tal forma que hoy puede dialogarse con científicos sociales dedicados a estudiar temáticas sociales diferentes a la religiosa. No comparto la posición de la profesora Bidegain de querernos mostrar que aspectos como el político, el económico, el social o el cultural, entre otros, estén hoy estancados, y que el fenómeno religioso sea el único dinámico.

Valdría la pena preguntarse, sólo como un simple ejercicio académico, si el sistema partidista colombiano contemporáneo es igual al del Frente Nacional, o si las características de los movimientos obrero y estudiantil actuales son las mismas de los años setenta del siglo xx, entre otros muchos tópicos. Las palabras de la profesora Bidegain nos muestran varios aspectos: pareciera que se subestiman espacios y escenarios de estudio diferentes del fenómeno religioso, dando a entender

que si bien antes el estudio de aquél fenómeno era subvalorado, ha llegado la hora de que ese fenómeno y quienes se encargan de abordarlo se conviertan en el foco de la investigación social; además, muestran desconocimiento tanto de la historia como de la historiografía colombianas recientes. Considero que la vía no es la subvaloración de unos y la exaltación de otros, sino que el espacio ganado debe ser aprovechado por los científicos sociales encargados de estudiar el fenómeno religioso para entablar diálogos críticos y constructivos que permitan elaborar explicaciones más complejas y profundas sobre las realidades contemporáneas. Es, paradójicamente, el mismo tipo de invitación que en las últimas líneas de la introducción la profesora Bidegain hace (p. 27).

Ahora bien, supongamos, como de hecho lo es, que el estudio del fenómeno religioso ha despuntado en los más recientes años por el aporte de la profesora Bidegain y de su grupo, pero a pesar de ello no entendemos cómo en una década de trabajo, con la experiencia de varias instituciones y la presencia de investigadores de diversas disciplinas, seguramente todos ellos excelentes académicos, se presenten textos con tantas deficiencias como el escrito por William Elvis Plata, que no resisten la crítica rigurosa. Otro ejemplo de esto lo constituye el concepto de corrientes religiosas. Con aquél se buscó explicar y homogenizar la historia del cristianismo en Colombia desde la Conquista hasta hoy, en el libro al que hemos hecho referencia atrás, *Historia del cristianismo en Colombia*. Sin embargo, una lectura detallada y argumentativa notará que buena parte de los autores de esa obra, y por lo tanto de los capítulos que escribieron, no maneja ese concepto ni se preocupa por citarlo, empleando aparatos metodológicos, teóricos y conceptuales bien diferentes, lo cual nos indica que fueron escritos con intenciones distintas a las de pertenecer al citado libro. Incluso algunos capítulos, a pesar de que aquel libro se nos ha presentado como lo más novedoso en la materia, fueron escritos hace más de una década sin que sus autores se preocuparan por actualizarlos. Ahora bien, sería ingenuo pensar que el catolicismo, para reducirnos a él, es homogéneo. Otra cosa bien diferente es que se busque presentarnos con nuevos nombres lo que por lo menos desde la década de 1980 se viene estudiando: la heterogeneidad del catolicismo y la fragmentación del fenómeno religioso. Por el contrario, creo que sí pecan de ingenuos los que creen que todo lo que está circulando bajo la premisa de novedoso realmente lo es. Puede ser que la explicación de las corrientes funcione y particularmente deseo que así sea, pero sus representantes y defensores no han podido cuajar un discurso argumentativo coherente, prefiriendo encerrarse en grupos que sin mayor discusión avalan sus investigaciones.

Calificar de estáticos los fenómenos diferentes al religioso, desconociendo por lo tanto los estudios que se encargan de abordarlos, trae consecuencias puntuales. En la introducción Ana María Bidegain comete algunas pifias que bien pudo haber evitado si conociera esos estudios que implícitamente descalifica. Por ejemplo, afirma en dos ocasiones que la Violencia se produjo entre 1948 y 1953 (pp. 16 y

18), retomando la viejísima explicación, ya superada, de que la Violencia comenzó con el asesinato de Gaitán y finalizó con el golpe militar de Rojas Pinilla. También llega a afirmar que el Frente Nacional se prolongó hasta la década de 1980 (p. 17). Para terminar, con ánimo constructivo y respetuoso, invito a leer el libro aquí referenciado, así como los otros que han aparecido en los recientes años, para saber hacia dónde van y cómo se están realizando los estudios sobre el fenómeno religioso en el país, demostrando que sí es posible, dentro del disenso, el diálogo entre los investigadores sociales ubicados en diferentes orillas de la forma como se construye el conocimiento relacionado con el mencionado fenómeno. Esta invitación no dista mucho de la realizada por la profesora Bidegain en las últimas líneas de la introducción del libro, pero espero que no nos conformemos, como parece que ha sido hasta ahora la tendencia, con diálogos conducentes a la autosatisfacción o a la autocomplacencia permisiva de obras que no admiten, por ser confrontadas en grupos cerrados, las críticas externas y rigurosas.